

ricular a los cristianos. El profesor universitario que es discípulo de Jesucristo sigue a su Maestro con la fe y con el corazón, con el pensamiento y con la vida entera. Su ejemplo y sus enseñanzas, cuando se ajustan al Evangelio, son ya —deben ser— por sí mismos siembra de paz. ¿Cómo no reconocer que se trata de una tarea entusiasmante?

Para todos, Jubileo significa conversión a Jesucristo. Para los que trabajan en la Universidad, el Jubileo se concreta también en una invitación a tomar conciencia —de nuevo, a fondo— de su papel en el mundo y en la Iglesia. Y una llamada a renovar el deseo de coherencia cristiana, que se logra con el empeño de conocer y amar a Jesucristo, Dios hecho hombre, que se nos da en los sacramentos, que nos escucha y nos habla en la oración; que sale a nuestro encuentro en el trabajo. Sí, también el trabajo de la inteligencia, esa labor fatigosa pero incomparable de indagar la verdad, a la luz de la fe, con deseo de amar y de servir, puede y debe convertirse en oración.

Cuando la mente y el corazón de los intelectuales se abren a la luz y al calor del amor de Dios, descienden sobre ellos torrentes de sabiduría, como baja el agua de las cumbres cubiertas de nieve, y los campos se llenan de frutos. Nuestro tiempo reclama —más que la tierra árida— que se ponga fin al “drama de la separación entre fe y razón” (Juan Pablo II, *Fides et ratio*, n. 45). Y esa labor es obra de los intelectuales: depende de su fe y de su amor, de la correspondencia humilde de cada uno a la gracia de Dios. Entonces se cumplirán en nuestra época las palabras del salmo: “Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum” (Ps 85, 13).

Milán, Italia 1-X-2000

Artículo publicado en el periódico “Avvenire” con ocasión de la canonización de Santa Josefina Bakhita

“Los santos son la expresión suprema de la belleza”. Estas palabras del Papa, pronunciadas en un diálogo improvisado con periodistas durante un vuelo que lo llevaba a alguna parte del mundo a anunciar el Evangelio, me parecen muy adecuadas para describir la figura santa de Josefina Bakhita.

Los santos, con la fuerza de su testimonio, redimen la violencia contra el hombre impresa en el curso de la historia. Transforman en profundidad, cada uno a su manera, todo aquello que los demás padecen o, como mucho, se limitan a deplorar. Su actualidad es particularmente viva en nuestros días, en este siglo de “progreso” que ningún dato puede definir más crudamente como la cifra de sus mártires. Su paciencia ante la injusticia posee el vigor de la caridad más delicada; la docilidad con que sufren es una luz que ilumina la cotidianidad. Son los santos, con su obstinado amar siempre y a toda costa, quienes crean nuevas civilizaciones.

Un lugar destacado en este panorama corresponde a Josefina Bakhita, la monja canosiana muerta en Schio en 1947. Su vida estuvo marcada por grandes sufrimientos. Secuestrada y hecha esclava cuando era niña, torturada, vendida varias veces en los mercados de El Obeidh y Khartum (documentos recientes, también audiovisua-

les, testimonian la subsistencia de un floreciente comercio de esclavos en Sudán), rescatada por el cónsul italiano en 1882 y acogida por las canosianas de Schio, recibió el bautismo con 21 años y a los 27 se hizo monja canosiana. Su itinerario fue realmente duro, y no basta su bondad natural para explicar la compasión que mostró por quienes le habían hecho sufrir. Su perdón era la expresión de una caridad que puede venir sólo de Dios. La belleza —por volver a la imagen del Papa— no es un valor ornamental de objetos inertes.

Toda la Conferencia Episcopal de Sudán estará presente en la canonización de Bakhita. Los obispos reconocen con la audacia de la fe el mensaje que emana de su figura: un mensaje fuerte de esperanza y de perdón para los católicos de Sudán, que en este momento son objeto de una cruel persecución que los priva de los derechos más elementales. Un mensaje para la conciencia de todos nosotros, que tantas veces tendemos a cubrir con el silencio la injusticia que se abate contra quienes están lejos y no tienen voz para hacerse escuchar.

En Bakhita vemos también la personificación de la paradoja cristiana de la libertad. Cuando tuvo finalmente la posibilidad de orientar con autonomía su propia vida, encontró a otro “Patrón” (así llamaba a Dios) y le donó, antes que el propio trabajo, los latidos más profundos de su corazón y todos sus pensamientos. Así, mientras realizaba con alegría las tareas más humildes, fue capaz de prodigar ternura y cariño a manos llenas, con sobriedad y sencillez. Bakhita sirvió al Señor a lo largo de casi cincuenta años. Renovar el propio sí al Señor

cada día es dirigirse hacia la eternidad. Para ella, mirar hacia delante no significaba olvidar el pasado, sino más bien transfigurararlo, redimirlo con la libertad del amor.

Bakhita, al final de su vida, expresaba con estas simples palabras, escondidas detrás de una sonrisa, la odisea de su vida: “Me voy despacio, paso a paso, porque llevo dos grandes maletas: en una van mis pecados, y en la otra, mucho más pesada, los méritos infinitos de Jesús. Cuando llegue al cielo abriré las maletas y diré a Dios: Padre eterno, ahora puedes juzgar. Y a San Pedro: cierra la puerta, porque me quedo”.

La Madre “Moretta”, como la llamaban los habitantes de Schio, fue beatificada junto con el beato Josemaría, fundador del Opus Dei, el 17 de mayo de 1992. Para todos nosotros fue una experiencia inolvidable. Desde aquel día, comencé a sentirla muy cercana. Por este motivo, hoy es, también para mí, un día de gran alegría. El ejemplo heroico de Bakhita, de los mártires de China, de Katherine Drexel y de María Josefa del Corazón de Jesús muestran a los hombres el rostro glorioso de Cristo, que triunfa en la caridad. Cada canonización es la celebración de la santidad de la Iglesia, del prodigio continuo de la suprema belleza que la Esposa de Cristo irradia sobre el mundo. Y es siempre una fiesta para toda la Iglesia.

**Braga, Portugal
2-X-2000**

*Entrevista publicada en el
“Diário do Minho”*